

# San Ignacio de Loyola en la iconografía rioplatense

Guillermo Furlong

No fueron pocos los lienzos e imágenes con que los primeros artistas indios y criollos quisieron dar expresión visible a la devoción a San Ignacio de Loyola, hondamente arraigada en estas tierras que tanto habían experimentado la acción civilizadora de la Compañía de Jesús. Una sucinta noticia de estas manifestaciones americanas de la iconografía ignaciana nos da aquí el historiador P. Guillermo Furlong.

No menos profusa que variada es la iconografía ignaciana en el Río de la Plata. Ni es de extrañar, ya que la historia de las repúblicas argentina, paraguaya y uruguaya está compenetrada con la de la Compañía de Jesús desde 1585 hasta 1767.

Enorme fué la influencia de los jesuitas en la formación de estos pueblos, y, supuesta esa influencia, es fácilmente explicable la popularidad de San Ignacio en los mismos, popularidad que fué incrementada por tres parientes del santo que actuaron en estas regiones del Nuevo Mundo: el conquistador Martín García Oñaz de Loyola, sobrino de San Ignacio y fundador de la ciudad de San Luis de la Punta; Monseñor Fray Martín Igna-

cio de Loyola, también sobrino del Santo y que como Obispo gobernó la diócesis del Paraguay y Río de la Plata, desde 1602 hasta su deceso en 1606, y el Padre Ignacio de Loyola, natural de Córdoba del Tucumán, gran misionero en las ciudades españolas y entre los indios calchaquies. Su progenitor, del mismo nombre y apellido, se decía sobrino de San Ignacio.

A todos estos factores que pudieron contribuir a popularizar a San Ignacio en estas regiones americanas, se agregaron otros que contribuyeron a que su iconografía se popularizara igualmente: la presencia de buenos pintores y escultores jesuitas venidos de los más diversos países europeos, y la singularísima habilidad

de los indios de las reducciones jesuíticas para realizar, y sobre todo para copiar, toda clase de cuadros y estatuas. Siendo nada o muy poco originales, eran en cambio admirables copistas.

Aun hoy día, y no obstante la desaparición de tantas obras artísticas de la época hispana, pasan de doscientas las imágenes de San Ignacio que han llegado hasta nosotros. Las hay malas, tipo exvoto; las hay discretas y las hay buenas. De algunas de ellas se podría decir que son excelentes obras de arte, aunque ni una sola pueda competir con las análogas de Rubens, de Rusconi, de Jacopino del Conte.

Allá en las sierras de Córdoba, en la localidad denominada Candelaria, hay



Oleo existente en el Museo de Jesús-María (Córdoba).



Tabla pintada en la sacristía de la iglesia de Candelaria (Córdoba).

una capilla en plena región desértica; en la sacristía de ese oratorio hay una alacena, sobre cuya puerita un artista desconocido pintó un San Ignacio que, original o copia (no lo podemos precisar), es una obra que supera toda mediocridad. Hay arte, hay unción; en la figura del santo hay austeridad y bonhomía; se percibe al santo y se percibe al hombre de las grandes realizaciones. Viste manto; vigorosamente levanta en alto con la diestra una especie de lábaro con un disco de oro, en cuyo centro refulge el nombre de Jesús, mientras sostiene, con la siniestra caída, el libro de las Constituciones. En sus líneas generales recuerda esta pintura la de Salaverría, pero aunque éste sea un gran artista, hemos de aseve-

rar que su San Ignacio, hosco, taimado, está muy por debajo de este San Ignacio tan noble, tan modesto, tan risueño y, al propio tiempo, tan avispado y tan espiritual.

Inferior al óleo mencionado es un cuadro que se encuentra en el Museo de Jesús María, en las afueras de la ciudad de Córdoba, y que procede de la Residencia de los Jesuitas en la ciudad del mismo apelativo. Es un óleo de 80x55 centímetros y representa al santo, vestido con los ornamentos sacerdotales, como extático, mientras brilla ante su mirada el IHS en medio de una aureola de luz.

Un tercer lienzo es de un pintor español, que estuvo radicado en Buenos Aires, y a pedido de los Padres del Colegio de San Ignacio pintó un cuadro corredizo, en el que se representa al santo en

éxtasis. Viste manteo y sobre su pecho resplandece el nombre de Jesús. Miguel Aucell, que así se llamaba el artista, no lo era en grado muy excelso, como se colige por su San Ignacio y por otros cuadros suyos, que se conservan en Buenos Aires. Lo que ha dado popularidad a esta imagen es su índole de lienzo corredizo, esto es, de óleo colocado sobre bastidores de madera y que se mueve sobre correderas paralelas de madera, quedando oculto tras el retablo o cerrando por completo la boca de un nicho, ocupado por una imagen, a voluntad del sacristán.

Sobre una hojalata de 30 por 20 centímetros, conservada en Córdoba, existe una efigie ignaciana de mirada algo extraviada, de ademán imperativo, y de facciones viriles, pero sin fulgor alguno



Fragmento del óleo corredizo que se encuentra en la iglesia de San Ignacio (Buenos Aires).





Cuadro existente en el Museo de Jesús María (Córdoba).

espiritual. El santo no aparece en forma alguna, ni por la aureola, de la cual carece. Su anónimo autor no era un novicio en el arte, como lo comprueban las manos del santo y más aún la actitud y expresión de los dos jesuitas que están hincados a su lado.

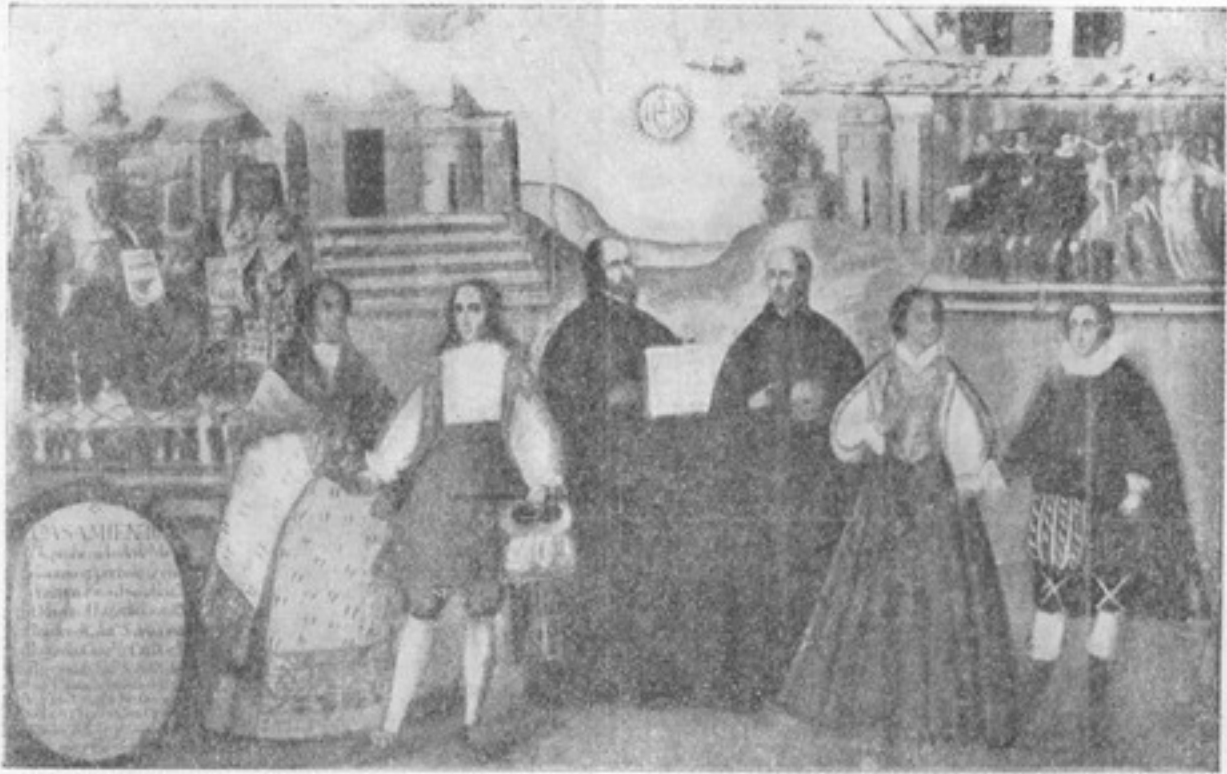
Hasta 1767 existió en la sacristía de la Iglesia de San Ignacio, en la ciudad de Buenos Aires, un inmenso lienzo de cinco por tres y medio metros; y desde fines del siglo XVIII hasta el 16 de junio del pasado año estuvo en la sacristía de la Catedral, en la misma ciudad, un cuadro representativo de la muerte y glorificación de San Ignacio. Mientras un sacerdote se encuentra a un lado del santo, postrado éste en el lecho, Nuestra Se-

ñora está del otro lado e invita a Ignacio a ir con ella hacia donde está la Santísima Trinidad esperándole. Al pie del lecho dos jesuitas conversan, mientras uno de ellos sostiene un plato y un paño, y algo más arriba dos ángeles tocan instrumentos musicales. Era un lienzo discreto y devoto aunque sin méritos algunos excepcionales. Perekó en el criminal incendio del 16 de junio de 1955.

Todo el centro de la bóveda de la sacristía, correspondiente a la Iglesia de la Compañía en Córdoba, está cubierta por un inmenso lienzo que podría denominar-



El óleo corredizo existente en la iglesia de San Ignacio (Buenos Aires)



Casamiento de don Martín de Loyola con doña Beatriz Nustta. Tela existente en la iglesia de la Compañía de Jesús, en Lima. (Hay otra análoga en el Cuzco).

se "La obra y la gloria de San Ignacio". La figura del santo, vestido de sotana y manteo, ocupa el centro del gran lienzo y con el índice de su mano diestra apunta al nombre de Jesús que reluce sobre su pecho y del que parten líneas de luces en todas direcciones. En la parte superior del cuadro está la Santísima Trinidad y grupos de santos, y en la parte inferior príncipes, señores y damas, preladados y sacerdotes, como pendientes de la acción de Ignacio. Todo el cuadro denota prestancia artística en el desconocido autor, pero prima sobre todas las figuras la del santo, cuyo rostro es de una inteligencia y de una santidad manifiestas.

Este inmenso lienzo nos trae el recuerdo de otros dos que están fuera de la Argentina, pero muy vinculados a la historia argentina. Ambos lienzos están a la entrada de la que fué iglesia de la Com-

pañía de Jesús, en el Cuzco, y miden siete pies de altura por dieciseis de ancho, con sus respectivos medallones. Representan las ceremonias nupciales de personas americanas emparentadas con San Ignacio, con San Javier y con San Borja, hallándose en el centro de uno de los cuadros San Ignacio y el santo Duque de Gandía, y en el centro del otro San Ignacio y el gran Apóstol de las Indias.

El primero de esos lienzos representa el casamiento de Don Martín de Loyola con Doña Beatriz Nustta, y en el medallón se lee: "Don Martín de Loyola, Gobernador de Chile, sobrino de nuestro Padre San Ignacio, hijo de su hermano mayor don Beltrán de Loyola, casó con doña Beatriz Nustta, heredera y princesa del Perú como hija de don Diego Inca, su último rey, por haber muerto su hermano don Felipe".



Oleo existente en el Museo Provincial, de Rosario de Santa Fe.

El segundo lienzo se refiere al progenitor de Don Martín de Loyola, que emparentó con la Casa de Javier. En su medallón se dice que "Don Beltrán García de Loyola, hermano mayor de San Ignacio de Loyola, casó con una hija de doña Lorenza de Idiáquez, y el hijo de doña María Idiáquez casó con doña Magdalena de Loyola, hija de Martín García de Loyola. Con este matrimonio emparentaron entre sí San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier, cuyas casas y sangre están hoy en los Excmos. señores Idiáquez, duques de Granada, condes de Javier y grandes de España de primera clase".



Curioso retrato de San Ignacio (como se dice en una leyenda apenas visible). Se conserva en el Museo Colonial de Buenos Aires.

A todos los recordados lienzos, representativos del fundador de la Compañía, pudiéramos agregar otros no pocos, pero de procedencia dudosa, ya que pudieran haber sido traídos de Europa. No creemos que sea el caso del bello cuadro que, con su profuso y artístico marco criollo, puede verse en el Museo Provincial de la ciudad de Rosario, y el que existe en el Museo Colonial de la de Buenos Aires, y que además de su marco conserva aún parte del retablo al que otrora perteneció. El santo parece estar sentado, con capa magna, y en actitud de escribir. Este lienzo no es tan devoto como el rosarino, pero pone de relieve al hombre de pensamiento.

Si de la pintura pasamos a la escultura merece el primer puesto la magna estatua de dos metros, tallada en madera





Óleo antiquísimo que se conserva en la iglesia de la Compañía de Jesús en Córdoba.

durísima, que estuvo en el altar mayor de la reducción de San Ignacio Guazú, desde antes de 1728 hasta fines de la pasada centuria, época en que, como amenazaba desplomarse la iglesia de esa población, la retiraron los vecinos y la guardaron solícitamente. En 1934, al regresar los Jesuitas a San Ignacio, después de una ausencia de más de siglo y medio, a tomar la dirección espiritual de aquellos fieles, éstos devolvieron la imagen. Volvió ésta, pero sin la aureola y sin la bandera, o estandarte, que el santo sostenía en su mano siniestra. Con la diestra señala un magno y dorado nombre de Jesús. El barroquismo de la vestimenta del santo contrasta con la expresión facial estática de esta imagen, que no dudamos



Cabeza de una estatua de vestir. Museo Sobremonte (Córdoba)



Parte de una estatua existente en la Casa de Ejercicios de la calle Independencia (Buenos Aires)



Estatua en urunday (?), de principios del siglo XVIII, que se conserva en San Ignacio Guazú (Paraguay).

en atribuir al jesuíta milanés, Hermano José Brasanell. El ciertamente es el autor de la estatua de San Francisco de Borja, que aún subsiste en la iglesia de la ciudad brasileña de San Borja, y la analogía entre esta imagen y la recordada de San Ignacio es tan grande, que no cabe duda que ambas proceden de un mismo artífice.

No ya de factura europea, ni indígena, sino de negros o "de gente de color" es

sin duda la estatua de San Ignacio que se conserva en Montevideo. Pretende representar al santo; sostiene con la izquierda el libro de las Constituciones, y con la derecha la vara del estandarte, ahora desaparecido, pero cuyo orificio de apoyo en el pedestal de la estatua aún se



Estatua existente en Montevideo y que perteneció a la Casa de Ejercicios, a fines del siglo XVIII.



advierte; el rostro tiene rasgos marcadamente africanos, y el cabello es ensortijado.

Copia del San Ignacio de Rusconi, que está en San Pedro de Roma, y del que se encuentra en la iglesia de San Alberto, de Sevilla, es la estatua del santo, de origen desconocido, que se venera en Quinta del Salvador, en Mar del Plata. En todas tres tallas la imagen de Satanás, bajo los pies del santo, es de igual expresión, pero la del santo en la imagen argentina tiene poco de espiritual.



Estatua existente en la Quinta del Salvador, en Mar del Plata.



Estatua que se halla en la iglesia de San Ignacio, en Buenos Aires.

De líneas más borrosas y de expresión más enérgica, pero de concepción análoga a la anterior, es la grande estatua que puede verse a uno de los lados del altar mayor de la iglesia de San Ignacio, en la ciudad de Buenos Aires, y que otrora ocupaba el nicho central de ese altar. Modernamente se ha colocado en la mano derecha del santo un estandarte, pero lo más probable es que nunca tuvo tal aditamento, como no lo tienen las tres recordadas imágenes del tipo de la de Rusconi.

En la misma iglesia bonaerense existe otra estatua que los señores Adolfo Luis Ribera y Héctor Schenone consideran de San Ignacio, aunque no hay indicio alguno evidente para esa atribución, como tampoco hay fundamento bastante para considerar como representativa del santo una descolorida estatua que se exhibe en el Museo de Luján. Ambas estatuas se parecen: el santo está de pie, viste casulla, posa la mano izquierda sobre el corazón y extiende la derecha en ademán de mostrar algo. Aunque en una y otra imagen la calvicie es muy pronunciada, carecen de barba y bigote y llevan rasgos faciales muy juveniles.

Muy de la devoción de María Antonia de la Paz y Figueroa, a fines del siglo XVIII, fué la estatua de San Ignacio, de tamaño natural, que actualmente se halla en la celda de la Casa de Ejercicios, en la que terminó tan santamente sus días aquella gran propagandista de los Ejercicios ignacianos. En tiempo de María Antonia era una estatua de vestir, pero en el decurso del pasado siglo se encajaron la cabeza y manos en un cuerpo de talla, de líneas modernas. El rostro, que es de mediados del siglo XVIII, parece ser de pasta, los ojos son de cascarón, y la policromía es la primitiva.

Sólo mide unos treinta centímetros una vieja devota imagen del santo, que se guarda en la Residencia de Regina Martyrum, de la Compañía de Jesús, en Buenos Aires. Es de madera liviana y de expresión devota. Ignórase su procedencia, pero parece ser la que en 1904 donó al Padre Antonio Garriga un cabellero cordobés, manifestándole que en su familia se la denominaba "El San Ignacio del Provincial" por ser la imagen que en su celda, o sala de recibo, tenían en Córdoba los Provinciales de la antigua Pro-

vincia del Paraguay, antes de la expulsión de 1767.

Nada de altos quilates artísticos hallamos en la iconografía ignaciana rioplatense que acabamos de exponer sucintamente, pero varias de las piezas recordadas superan la mediocridad y todas son testimonio de la devoción que otrora se profesó al fundador de aquella orden religiosa que tanto había hecho y hacía en pro de la felicidad de los españoles, de los criollos y de los indígenas de estas regiones americanas.



Estatuilla colonial existente en Regina Martyrum (Buenos Aires).